

CAUTIVERO FELIZ (1673)

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán

CAUTIVERIO FELIZ (1673)

FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN¹

CAPÍTULO 10

En que se ponderan y refieren algunas acciones inhumanas por los casiques viejo y antiguos, obradas por los primeros conquistadores.

Si los que entraron a conquistar estas provincias y a reducir sus habitadores, hubiesen sido todos como este ermitaño, que con vida y ejemplo mostraba la verdad de lo que su lengua significaba –pues dijo este *casique* que muchas noches solían ir ocultamente a deshoras a la ermita, o serca della, a escuchar los asotes que se daba tan crueles, que en las montañas resonaban sus ecos, y un llanto con esto y suspiros que enternesían las peñas, claro que hubieran tenido mejor asiento y permanencia aquellas poblaciones antiguas, mas faltó Dios en ellas, y perturbóse la paz que humildes ofrecieron estos naturales, a quienes vienen ajustadas las palabras de san Bernardo, que dice: Si en este lugar estuviere el Hijo de la paz, que es Cristo, ahí tendrá asiento y descanso vuestra paz; mas prosigue el santo diciendo, porque los humili[ll]des, pequenuelos y desdichados, con escándalos y costumbres perversas asombrados, pierden luego la paz que recibieron; parece que el santo hablaba propiamente de estos naturales, pues dice más adelante que son demasiado sufridos y pacientes los que, habiendo dado o recibídola, la conservan y no la dejan, aunque con injurias y malos tratamientos sean exasperados y oprimidos.

Mucho disculpan estas palabras de tan gran doctor a estos miserables indios de Chile, que por tantos caminos fueron maltratados, vejados y escandalizados. Cómo

1. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, soldado y escritor nacido en Chillán -hoy Chile- en 1607. En 1629, en la batalla de Cangrejas fue tomado prisionero por el cacique Maulicán, permaneciendo en cautiverio durante siete meses. Su experiencia conocida como *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del reino de Chile* (1673), es un texto fundamental para el conocimiento, discusión y reflexión del proceso de conquista y colonización mundial y de configuración de las estructuras de base de la sociedad contemporánea. El autor, cuya muerte ocurrió en el año 1680, trabajó en este escrito por más de veinte años, aunque de forma discontinua. La presente transcripción del capítulo X del discurso 5 respeta las normas de la edición crítica de Mario Ferreccio y Ráissa Kordic (2001, Biblioteca Antigua Chilena y Consejo nacional de Fomento del libro y la lectura, tomo II, pp.557-561). Nuestros agradecimientos a Gdynia Donoso por la transcripción.

se podía conservar la paz que no estaba fundada en Dios; luego, no faltó de parte de ellos pues no supieron los nuestros entablarla con amor y caridad, que es el vínculo de la paz y su principal raíz, según el mismo doctor, definiendo lo que es paz. La paz no es otra cosa –dice– que un vínculo del amor y una unión indisoluble de la caridad. Si ésta no la tenían ni aun con los pobres enfermos, que no daban crédito que lo estaban por no quitarlos de las faenas ni del trabajo ordinario que tenían; cómo podía haber paz firme adonde faltaba el principal fundamento de ella, como queda dicho que es la caridad, que me certificaron estos *casiques* antiguos que los dejaban morir a algunos en las quebradas y socavones de adonde sacaban oro, antes que retirarlos a que como cristianos diesen el espíritu a su Criador. “¿Puede haber mayor crueldad ni más inhumana acción?”, dije a mis compañeros *casiques*, que en buena conversación estábamos haciendo memoria de los pasados conquistadores. “Pues ¿de eso os maravilláis, capitán? –me dijo el uno de ellos–; yo os contaré otra cosa que os cause mayor admiración”. “Mucho me holgaré escucharos –respondí al *casique*–, porque deseo grandemente enterarme de lo que hicieron y obraron los españoles antiguos a los principios de esta conquista”. “El *casique* Aremchéu –dijo este ansiano– os podrá dar mejor noticia de la entrada de los españoles en nuestra tierra, que era mayor, que nosotros éramos muy pequeños, y en estos tiempos no pienso que hay otro más antiguo”, a que respondió el buen viejo, muy conforme a su natural bueno y al amor que mostraba a los cristianos, que entre ellos también hay algunos de buenos corazones –como ellos dicen–, sufridos y pacientes, que, si todos fuesen de esta calidad, hubieran conservado la paz admitida en sus principios.

“Yo tampoco me acuerdo bien de los principios – dijo Aremchéu; sólo las noticias de mis padres tengo presentes, que decían que cuando entraron los españoles, fue haciéndonos la guerra y peleando, y en las primera batallas que tuvieron, como estaban los nuestros ignorantes de los efectos que causaban los arcabuces, murieron muchos en los primeros encuentros, y, aterrorizados los demás, se sujetaron fácilmente y dieron la paz. Lo que sé deciros es que a mí me parecieron bien los españoles después que fui abriendo los ojos y teniendo uso de razón, porque mi amo nos hacía buen tratamiento, y los muchachos que servíamos en su caza éramos doctrinados y enseñados con cuidado, bien vestidos, bien comidos y tratados”. Mucho gusto recibí de haber oído a este *casique*, que, entre tantos que había comunicado, ninguno se había movido a decir bien de los pasados conquistadores.

Respondióle uno de los otros *casiques* viejos: “Voz sólo podéis hablar de esa suerte de vuestro amo y los de su encomienda, porque tenían diferente tratamiento; que nosotros y los más del reino no podemos decir eso, porque no nos dejaban sosegar en nuestras casas, ni gozar de nuestros hijos y mujeres”. “Es verdad – volvió a decir Aremchéu–, que los que servíamos de pajes y éramos muchachos, no podemos juzgar de lo que pasaban los indios tributarios, si bien me consta que los

de mi amo no se quejaban de otra cosa, si no era de que la señora quería tener todas las *chinas* en su caza, sirviéndose de ellas”.

“Pues, ¿no sabéis –le volvió a decir el otro *casique*- que era tanta la cudicia que tenían, que cada mes cobraban el tributo de nosotros, y al que no podía enterar el oro que le tocaba, le quitaban las mantas y camisetas con que se abrigaban y defendían de los fríos rigurosos del invierno?; ¿no sabéis que al que era pobre y no tenían qué quitarle, le daban sien azotes amarrado a un rollo, y tal vez le quitaban el cabello?; ¿no sabéis que nuestras mujeres y hijas eran también tributarias, pues las tenían en sus casas hilando, tejiendo y en otras faenas ordinarias?: esto es lo que experimentamos nosotros, si vos tuvisteis dicha de encontrar con buen amo, y que algunos, aunque pocos, había también buenos”. “No hay que dudar de eso –dije al *casique*-, que habría entre malos otros buenos, y, aunque los más se portasen ajustadamente, con la razón en la mano y con el celo cristiano que debían, es de tal calidad el vicio y la costumbre mala, que se señorea y sobresale entre las virtudes; porque en nuestros humanos sentidos tiene el mejor lugar adquirido y, mientras éste vive las otras mueren”; porque dijo san Bernardo que no puede asistir la virtud a donde el vicio tiene puesto su asiento y colocada su silla; de la misma suerte no podían los buenos tener lugar, ni parecer la cara descubierta, adonde habían tantos malos, o por lo menos adonde los vicios eran manifiestos y las virtudes andaban con reboso, a cuya causa era el vicio bien notado y no conocida la virtud.

“Vamos ahora, *casique* amigo -le dije-, a lo que al principio me apuntasteis, que me habéis tenido cuidadoso por saber lo más perjudicial y atrós que obraron nuestros pasados, o de los que os pareció más inhumano”. “Yo os lo diré –dijo el viejo-, y no lo que oí a otros, sino es lo que vi y experimenté. La mujer de mi amo era muy andariega y cudisiosa, y de ordinario tenía sus tratos y conchabos con las indias de la ranchería, y aun con los indios y muchachos; y entre los conchabos que tuvo en la ranchería, fue el haber conchabado una *china* de muy buen parecer, por ciertas sospechas que tuvo, por ser otra encomienda –que las que eran de la suya, todas las que quería tenía en su casa ocupadas-. Llevóla a su caza, adonde dio principio a tratarla con más rigor que si fuese esclava, porque todos los días la desollaba a asotes y la pringaba hasta las partes vergonsosas, teniéndola presa y en un cepo; últimamente, llegó a tanto su pación, que le cortó las narices y las orejas, enserrada en su prición, adonde con tan inhumanos castigos murió la desdichada como un perro, y dentro de la propia prición y aposento la enterró. Esto yo lo vi, porque la señora, fiándose de mí, me llamó para hacer el hoyo y enterrarla, como lo hice; que, habiendo reconocido aquel espectáculo, sin narices ni orejas, me quedé tan suspenso y asombrado que no acertaba a hacer el hoyo para enterrarla; ¿qué os parece, capitán?: ¿no es peor esto que lo pasado?”. “Y tan peor –le respondí-, que a no haberme dicho que fuisteis testigo de la acción, no sé si diera crédito al caso”. A

que respondió el viejo Aremchéu, que era verdad, que había sido público entre todos; y, por ser indio de tan buen natural y amigo de españoles, como lo mostró, pude dar crédito a tan grande atrocidad. Y más añadió este viejo para confirmar la crueldad de las mujeres: que las señoras eran peores que los hombres, porque su amo muy de ordinario tenía disgustos con la mujer, porque era de malísima condición. “Yo estoy admirado y suspenso –dije a mis compañeros *casiques*, con quienes tuve larga conversación- de haber escuchado una cosa fuera del uso cristiano, tan horrible, atroz y lastimosa, que no sé qué decir. Suspended, por vuestra vida, las razones, que con lo que habéis referido basta para colegir lo más que pudierais contarme”.

Suspendimos la conversación trabada y nos recostamos en las camas que al amor del fuego nos habían dispuesto, y, habiendo resado mis devociones, y con mis compañeros las oraciones que sabían, dormimos lo restante de la noche.